



Viuda e hijos de Arango.

A. Sanchez lit.

Lit Llano y

MARTA.



## MARTA.

---

Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium.

(Luc. X. 41. 2.)

Hospita quæ Christum accepisti, Martha, precare. Hospe sit nobis, hospes ut ille tuus.

(Offic. brev. Avenion.)

---

**E**N el año segundo de sus excursiones evangélicas, Jesucristo habia recorrido la Galilea, multiplicando en ella los milagros, señales manifiestas de su mision. La fé de sus oyentes no habia universalmente correspondido ni al poder de sus obras, ni á la santidad de su palabra: dejó, pues, aquella tierra ingrata, pronunciando contra ella este anatema terrible: “¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! Pues si Tiro y Sidon hubiesen visto los prodigios que he obrado á vuestros ojos, hubieran en otro

tiempo hecho penitencia en el cilicio y la ceniza. Por esto os digo que Tiro y Sidon serán tratadas con ménos rigor que vosotras en el día del juicio." Y para señalar en seguida la causa habitual de la oposicion que encontraba entónces el Evangelio y que debia encontrar mas tarde, Jesus felicitó á los humildes y á los pequeños el haber prestado mas dócil oído á las doctrinas del cielo. En efecto, los pobres, los aflijidos, los ignorantes, en una palabra, los desheredados de la tierra son mas propensos y mas esforzados para creer, que los dichosos, los filósofos y los ricos: parece que el sentimiento de la propia debilidad prepara y conduce al hombre á la verdad y á la virtud, miéntras que la superioridad de fortuna, de talento ó de poder, por precaria ó miserable que sea, le hace de ordinario locamente soberbio y rebelde á Dios, insolente y duro hácia sus semejantes.

Desde la alta Galilea avanzaba Jesus con direccion á Jerusalem, en donde le aguardaba aquel suplicio que salvó al mundo. En las fronteras de la Samaria no quisieron recibirle: indignados los discípulos, pedian á grandes voces que se hiciesen bajar rayos del cielo sobre las cabezas de aquellos culpables. "Vosotros no sabeis á qué espíritu pertenecéis, les dijo Jesus; el Hijo del Hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla." Y continuó su camino. En la parte meridional de la Galilea, no léjos de Naim, entró en un lugarcito, y allí una mujer, llamada Marta le recibió en su casa.

Marta tenia por hermana á María Magdalena, y por hermano á Lázaro, que pertenecian á una familia distinguida del país. Parece que Marta era la mayor, pues se cita siempre como la primera, y sin duda que por esta calidad se la vé hacer á Jesucristo los honores de la casa, y desplegar mas que nadie los cuidados de la hospitalidad. Su hermana María era de un natural ménos activo: mostrábase igualmente muy gozosa en ver al Salvador, pero para oírle y vivir de aquella vida interior, primera necesidad de las almas que mueve y llena el sentimiento de objetos celestiales.

Llegado que hubo Jesus á esta familia, á la cual se dignaba amar con predileccion, María Magdalena se quedó sentada á sus piés escuchándole. Marta, llena de solicitud, procuraba que nada faltase á su huésped divino, pero viendo que María permanecía tranquila, con aire de cándida ingenuidad dijo: "Señor, ¿no veis que mi hermana me deja servir sola? Decidle os ruego que venga á ayudarme." Pero el Señor que pidió agua á la Samaritana para tener ocasion de comunicarle el agua viva de su doctrina, y que si se revistió con la flaqueza de nuestra carne, fué para sostenernos con la fuerza de su espíritu, el Señor recibió de Marta los obsequios de hospitalidad para alimentarla con el pan de la verdad y de la vida. Respondióle, pues: "Marta, Marta, mucho os apresurais, y os conturbais con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será por cierto quitada." No dijo esto el Señor con el fin de vituperar á Marta, pues ésta tuvo tambien su recompensa, es decir, el don de la fé y de la caridad; tan solo queria recomendar la noble ocupacion de María, que tanta influencia tiene en los destinos del alma humana.

Porque es preciso saber que la antigüedad eclesiástica ha visto siempre en estas dos mujeres el doble símbolo de la vida activa y que se derrama en obras buenas, y de la vida contemplativa que se consume en el ardor de la plegaria. Alimentar á los hambrientos, dar de beber á los que tienen sed, vestir á los desnudos, socorrer en ellos al Hijo de Dios, es una vocacion santa, y hasta cierto punto es un rigoroso deber, que por no haber cumplido serán muchos excluidos del reino de los cielos. Pero fijar sobre nuestra alma inmortal una atenta mirada, dar un lugar á Dios en nuestro espíritu y en nuestro corazon, es una ocupacion que sería honorífica, aun cuando no fuese estrictamente necesaria. Si es muy justo honrar á cualquiera que se consagra á su familia, á su patria, á la humanidad, es aun mucho mas razonable consagrarse á Dios, autor de la familia, supremo defensor de la patria, y padre de la humanidad. Por lo demas, en vano seria todo conato para

desterrar á Dios del pensamiento y del corazón de los hombres. Dios recobra por la justicia lo que de él se escapa por la libertad: inocentes ó culpables, le hallamos en el término de todas nuestras sendas: la creación no es mas que un templo y la tierra un altar, en donde el hombre, sacerdote y víctima, debe inmolarsé y morir, logrando en su muerte una nueva vida, como aquel pájaro maravilloso que nos pinta la antigüedad haciéndose él mismo su hoguera en donde el sol introduce el fuego, consumiéndose en medio de las llamas con todo lo que tiene de mortal, y saliendo de sus cenizas con el resplandor de su renovada juventud.

Se cree que Lázaro, Marta y María Magdalena dejaron la Galilea ántes que su Maestro y amigo divino, y fijaron su residencia en Judea, no léjos de Jerusalem. Es cierto, en todo caso, que ellos habitaban en el lugar de Betania, á quince estadios ó tres cuartos de legua de la ciudad santa, durante los seis meses que precedieron á la muerte del Salvador.

Cuando Jesus estuvo á la otra parte del Jordan, por haber tenido que huir de Jerusalem á causa de la persecucion de los judíos, suscitada por lo que les habia dicho en el templo, Lázaro cayó enfermo en Betania, y sus hermanas enviaron á decir á Jesus: "Señor, aquel á quien vos amais está enfermo." Sabiendo Jesus el prodigio que habia de obrar, dijo á los que le rodeaban: esta enfermedad no tiene la muerte por término, sino que es para la gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea por ella glorificado." Ved ahí una prueba clara y precisa, de cuya verdad decidirá el suceso, bien que en tales circunstancias no puede ser de modo alguno sospechoso. Mas adelante se verá si esta enfermedad acarreó al Hijo de Dios alguna gloria. Jesus se hallaba á la otra parte del Jordan y profesaba un afecto particular á los tres hermanos. Cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, quedóse aún dos dias en el mismo lugar, y pasados éstos dijo: "Volvamos á Judea."— "Maestro, le manifestaron sus discípulos, poco hace que los judíos querian apedrearos, ¿y queréis volver allá otra vez?" Mas Jesus, queriendo enseñarles que todo detiene y arredra á cualquiera

que se agita en las tinieblas de los pensamientos terrestres, y que nada sirve verdaderamente de obstáculo al que avanza al resplandor de la celeste voluntad, les respondió: "Pues qué, ¿no son doce las horas del día? El que anda de día, no tropieza porque vé la luz de este mundo. Al contrario, el que anda de noche, tropieza porque le falta aquella luz."

Así dijo, y añadióles despues: "Lázaro, nuestro amigo, duerme, confundiéndole con sus discípulos, pero yo voy á despertarle de su sueño." Y creyendo los discípulos que se trataba de un sueño comun, le contestaron: "Señor, si duerme, sanará." El divino Maestro les dijo entónces claramente: "Lázaro ha muerto, y á causa de vosotros me alegro de no haber estado allí, para que creais. Pero vamos á él." En cuanto á ellos, estaban convencidos los discípulos que si Jesus volvía á Judea, le darian la muerte, y quizá también á los que le acompañaban. Y por eso Tomás, por otro nombre Didimo ó Gemelo, viendo que no podían disuadir á Jesus de ir á Jerusalem en donde debían matarle los judíos, dijo á sus compañeros: "Vamos también nosotros, y muramos con él."

¿Quién dudará de la verdad de esta narracion tan natural como verídica? ¿Era interés de Jesus el dejar morir á Lázaro, siendo capaz de resucitarle? Y si hubiese querido fingir el resucitarle ¿era prudente el diferir su regreso por tanto tiempo? ¿Conveniale, en fin, el comprometerse tan claramente á restituírle la vida, ántes de hallarse en los lugares del hecho, y de examinarlo todo por sí mismo?

Habia ya cuatro dias que Lázaro estaba en el sepulcro, cuando llegó Jesus. Multitud de judíos habian venido á Betania para consolar y participar del dolor de las dos hermanas. La muerte de Lázaro era, pues, pública en Jerusalem, por cuanto habian venido varias personas á Betania, como hemos indicado, para consolar á las dos hermanas, y todas estas personas sabian desde qué tiempo estaba Lázaro en el sepulcro. ¿Quién hubiera escogido tanta compañía de testigos, un tal lugar, tanta proximidad

dad á Jerusalem, una familia que era lí tan conocida, á tener la mas remota idea de alucinar al público?

Luego que Marta supo que venia Jesus, salió luego á su encuentro, quedándose María en casa. Al ver á Jesus, prorrumpió en amargo llanto, y le dijo, postrándose á sus piés: "Señor, si hubieseis estado aquí, no habria muerto mi hermano; bien que estoy en la persuacion de que ahora mismo os concederia Dios cualquiera cosa que le pidiérais." Dícele Jesus: "Tu hermano resucitará." Y Marta le respondió: "Bien sé que resucitará en la resurreccion universal, que será en el último dia." Y replicó Jesus entónces: "Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Respondióle la afijida Marta con un acento de fervor y de fé: "Oh Señor! sí que lo creo; y que tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo."

Jesucristo nunca habia hablado aún de una manera tan furte y tan precisa. El mismo dice que es la resurreccion y la vida; exige de Marta que lo crea sin vacilar, y que le confiese el Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solamente en el último dia, sino dentro de pocos momentos. Si esto último se verifica, ¿cómo no creer lo demás? Pero esto mismo nos mueve á examinar con la mas rigida escrupulosidad, si Lázaro está realmente muerto y si el hecho es tan cierto como se dice.

Despues de aquellas palabras de Marta, llenas de la mas tierna y ardiente fé en las grandes verdades de la religion, vá á decir en secreto á su hermana María: "Está aquí el Maestro, y te llama." Apénas oye esta indicacion María Magdalena, levántase apresurada, y corre al encuentro de Jesus, que no habia entrado aún en la aldea, y permanecia en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Circunstancia puesta no sin designio, para alejar toda sospecha de colusion y de concierto, y para

manifestar que todo pasó en público y á la presencia de todo el mundo.

Los judíos que consolaban á María, viéndola levantarse tan precipitada y salir, creyeron que iba á llorar sobre el sepulcro de su hermano. Estos testigos, siendo judíos, están libres de toda sospecha. La opinion que María les merece, prueba que todo cuanto aquí sucede es de la mayor gravedad, y que es grande el dolor de esta hermana. Dispone la Providencia que todos ellos la sigan, pues van á presenciarse todo lo demás de este grandioso acontecimiento.

Arrojase á los piés de Jesus, así que le vé, y exclama como su hermana: "Señor, si hubierais estado aquí, no se habria muerto mi hermano." Jesus, al verla llorar y al ver como lloraban tamb'en todos los judíos que la seguian, el Dios hecho hombre, sintió un estremecimiento en su alma y se conmovió con un sentimiento de la mas tierna piedad. "¿Dónde lo pusisteis?" exclamó. "Venid, Señor, le dijeron, y le veréis." Entónces á Jesus se le arrazaron los ojos en lágrimas. ¿Quién puede pensar en oponerse á la realidad de todas estas circunstancias? ¿y qué desconfianza, por tenaz que sea, no debe ceder á las lágrimas de los asistentes, y á las del mismo Jesucristo? Guardemos, no obstante, que vayan al sepulcro: la vista de aquel lugar hará una impresion fuerte sobre los sentidos; y toda vez que se trata de justificar la muerte, la mejor prueba para convencernos, es el sepulcro.

Viendo los judíos llorar á Jesus, dijeron entre sí: "Mirad cómo le amaba!" Y algunos de ellos añadieron: "Pues, ¿cómo éste, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, no pudo hacer que Lázaro no muriese?" Estas reflexiones deben tener para nosotros mucho valor, porque prueban que Jesucristo estaba realmente conmovido, y que su dolor era mirado por los judíos, no solamente como un efecto de amistad, sino tambien como una señal de debilidad y de impotencia con respecto á la muerte, lo cual acaba de persuadir, que, según ellos, era indudable y sin

remedio. Mucha atención merece también lo que dicen sobre el ciego del nacimiento: hé aquí un testimonio brillante é irrecusable, sin asomo de sospecha en las personas de donde procede.

Por fin, prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos, que le salían del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una grande piedra, como los ricos tenían de costumbre hacerse enterrar. Dijo entonces el Salvador: «Quitad la piedra.» Pero Marta le respondió. «Señor, mirad que ya hiede, pues hace ya cuatro días que está ahí.» Confesará tal vez cualquiera que reflexione, que le sorprende esta advertencia salida de la boca de Marta, tan llena de fé, y á la cual había dicho Jesucristo en términos precisos que su hermano resucitaría, y á quien había asegurado que Él mismo era la resurrección y la vida, exigiendo de ella que así lo creyese. Pero penetrará al mismo tiempo el observador, que la dejaron atónita las dificultades, cuando en aquel momento decisivo las comparó con el designio de Jesucristo, y cómo ella misma quedó aterrorizada de los obstáculos que debía vencer el Señor. Pero su temor es el que ha de desvanecer el nuestro, pues vemos, á no poderlo dudar, que todo lo que va á seguir, es verdadero y sincero; y que la corrupción ha desfigurado ya aquel cuerpo que cuatro días hace se halla en el sepulcro.

Respondió, pues, Jesús á Marta: «¿No te he dicho yo que si creyeres verías la gloria de Dios?» como inculpándola suavemente su falta de fé. Quitóse, pues, la piedra, y Jesús, fijando sus miradas al cielo, dijo: «¡Oh Padre! gracias te doy porque me has oído; verdad es que por mí siempre me oyes; pero lo he dicho por razón de ese pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado.»

Suspensos estaban todos de los labios de Jesús, mudos y casi sin respirar: reinaba en aquel recinto el silencio de aquellos momentos solemnes en los cuales se aguarda un gran prodigio, ó uno de aquellos acontecimientos asombrosos que deciden, por decirlo así, de nuestros destinos, ó que van á marcar un rumbo á nuestra existencia. Jesús entonces, con aquella voz que sacó los

mundos de la nada, á la luz de la verdad las inteligencias extrañadas en la noche de sus errores, y reanima el cadáver de una voluntad pervertida, dió sus órdenes á la muerte: gritó, pues: «Lázaro, sal fuera.» Al momento el cadáver se incorporó prodigiosamente sobre sí mismo, y pareció animado, y Lázaro salió, atados aún con fajas los piés y manos y tapado el rostro con un sudario. Y continuó Jesús: Desatadle y dejadle ir.»

¡Qué asombro! ¡qué poder! La mayor parte de los judíos que habían venido á consolar á Marta y á María, tuvieron fé en Jesucristo, cuya palabra ejercía sobre la muerte un imperio tan prodigioso y tan divino. Los demás querían hacerle perecer, como si pudiese ahogarse la verdad en la sangre del que la predica, ó como si Dios, que reanima el polvo de los muertos, no pudiese á su arbitrio enervar y abatir la mano de los vivos.

Este gradioso suceso, uno de los que marcaron con más brillo y evidencia la divinidad del Salvador, y en el que Marta tuvo no pequeña parte, merece ser examinado con alguna detención, porque es un consuelo para la fé, y un aliento para la incertidumbre que vacila. El pone el sello á la série de maravillas de la vida adorable de Jesús sobre la tierra, ántes de su Pasión, y ántes de que nos legase á sí propio como en testamento de amor. Aprovechamos esta oportunidad para poner ese gran prodigio á la luz de la evidencia, antes de concluir el último cuadro de las Mujeres de la Biblia.

Oigamos los que dice un célebre y moderno apologista de los principios de la fé cristiana, acerca de las pruebas de la realidad de esta resurrección, y las consecuencias legítimas y necesarias de semejante prodigio, que lo prueba todo, probando que Jesucristo es la resurrección y la vida.

Antes de abandonarme á los trasportes de la más pura alegría por tan asombrosa resurrección, quiero acercarme para considerar á Lázaro ántes que se le desate de sus ligaduras. Examinó el sudario que por sí solo le hubiera ahogado si hubiese estado vivo: contemplo sus brazos y sus piernas atados con fajas, según cos-